

pero vuelven á la carga, se arrojan sobre la infantería rusa furiosos, y la ponen en derrota. Al cabo á las diez de la noche quedan en posesión del desemboque. Se les une la división de Razaut, y Murat á su turno, después de superar todos los obstáculos, se despliega á galope sobre la meseta, de donde obliga á retirarse definitivamente á los rusos.

Esta acción terrible, conocida con el nombre de combate de Valoutina y una de las más sangrientas del siglo, costó de seis á siete mil hombres á los rusos y otros tantos á los franceses. Menester era remontarse á los recuerdos de Hollabrun, de Eylau, de Ebersberg, de Essling, para hallar una semejante. Por desgracia carecía de objeto, no pudiéndose ya tomar á los rusos la delantera en el paso del Dnieper junto á Solowiewo, y no ofrecía otra ventaja que la de conservarnos el ascendiente de las armas.

Cuando Napoleón supo lo acontecido, sorprendióse de la gravedad de este encuentro, y quedó hondamente afectado por haberse ido tan feliz ocasión de copar una columna entera del ejército ruso, lo cual diera á la toma de Esmolensko la importancia de una gran victoria y le ahorrra de ir á buscar más lejos un brillante triunfo. A las tres de la madrugada del otro día, que era el 20, dirigióse á caballo al campo de batalla, para ver con sus propios ojos lo que había sido y hubiera podido ser el combate de Valoutina, y recompensar á las tropas, cuya energía celebraba. Al aspecto del campo de batalla, pasmóse del vigor que necesitaron desplegar, sobre lo cual se podía hacer juicio por el número y la posición de los muertos y los accidentes de los lugares. Trepando á lo alto de la meseta, y dirigiendo hacia la derecha sus miradas, irritóse mucho contra Junot, contra la lentitud que se le echaba en cara, lentitud que había contribuído á salvar á los rusos, pues rebasándose hacia aquel lado, se acortara singularmente su resistencia, y quizá se lograra aprisionar gran número de ellos. Pero no se le dijo que el camino era difícil de atravesar y pantanoso; no se le recordó que él mismo había incurrido en el yerro de dejar á Junot sin orden alguna; y se tuvo la crueldad de excitarle contra la inmovilidad enfermiza de este antiguo compañero de armas, de modo que al primer impulso resolvió reemplazarle, poniendo al general Rapp á la cabeza de los westfalianos. Colocado en el centro de los ensangrentados vivaques de la división de Gudin, hizo formar círculo á las tropas, les distribuyó premios, y dió grandes muestras de sentimiento al valiente general Gudin que estaba expirando. Este ilustre general, partícipe hacía muchos años con los generales Morand y Friant de la gloria del mariscal Davout, era por su valor heroico, por su bondad perfecta y su espíritu culto, un objeto de estima para los oficiales y de afecto popular para los soldados. Su muerte fué sentida en el ejército como una pérdida común que tocaba á todos.

De vuelta en Esmolensko, no pudo prescindir Napoleón de las más tristes reflexiones. En esta campaña, que consideraba como la más decisiva de su vida, como la postrera si era venturosa, y para la cual había hecho tan vastos preparativos, su genio aún no había alcanzado un solo favor de la fortuna. Sus más excelentes maniobras se habían frustrado, pues según dejamos referido, Bagration, separado de Barclay de Tolly, de

resultas de hábiles combinaciones, logró juntársele al cabo; Barclay, que estuvo á pique de ser rebasado y cogido por la vuelta en Polotsk, y que debió serlo en Esmolensko, acababa de volver á ganar en compañía de Bagration el camino de Moscou. Vigorosamente batido fué sin duda el contrario en todas partes: lo fué en Deweltowo, en Mohilew, en Ostrowno, en Polotsk, en Inkrowo, en Krasnoe, en Esmolensko, en Valoutina. Se le mataron ó se le hirieron tres veces más hombres que los perdidos por nosotros, y sin ninguna gran batalla, se le condujo del Niemen al Dnieper y al Dwina, lo cual aseguraba la conquista de toda la antigua Polonia, exceptuando únicamente la Volhynia. Pero hasta ahora faltaba á las armas de Napoleón el brillo fulminante, que siempre las había rodeado y hecho irresistibles, y les faltaba cabalmente cuando lo necesitaban más de lleno para contener á tantos pueblos enemigos, por cuyo territorio tenían que transitar á la fuerza, á tantos pueblos aliados, cuya fidelidad era indispensable. Colocándose en el curso ordinario de las cosas, positivamente era un resultado de gran bulto el de haber arrebatado al enemigo sus más importantes provincias, y puéstole dondequiera en fuga, y reducidole á la imposibilidad de oponer formal resistencia en ninguna parte; pero para un conquistador acostumbrado á herir con golpes sorprendentes la imaginación de los hombres, parecía faltar algo en el principio de esta guerra, algo, ya que no efectivo, deslumbrador al menos y que mantuviese íntegro el prestigio de su pujanza. Napoleón lo sentía, aunque aparentara no convenir en ello, y estaba vivamente afectado. Aun cuando en todas partes hubiera forzado á los rusos á la retirada, no dejándoles elección sobre este punto, claramente veía que, á vueltas de muchos movimientos contradictorios, siempre acreditaban el secreto cálculo de trasladar la guerra á lo interior de la Rusia. Este cálculo era evidente; muy bien se lo explicaba Napoleón á pesar de algunas apariencias contrarias, y en el estado mayor del ejército lo notaban y se lo hacían notar muchos espíritus ya inquietos por el carácter de esta guerra, cuando se dignaba hablar con ellos de la marcha general de la campaña. Así, aun cuando sobre tal punto no abrigara Napoleón ninguna duda, negaba esta táctica de los rusos, siempre que se le señalaba, como se niega un peligro que se quiere confesar menos cuanto más se teme, y no cesaba de decir que los rusos se iban porque no podían obrar de otra manera, porque estaban batidos, arrollados, y que su pretendida táctica no era otra cosa que la imposibilidad de hacernos cara.

Pero poco ó nada creía lo que manifestaba sobre esta materia, y al ver sus filas aclararse, aun después de Vitebsk, por la marcha mucho más que por el fuego, se le representaba vivamente el peligro de llevar la guerra á mayor distancia.

Pensando de este modo, parece que tenía un medio sencillísimo de precaver semejante peligro, y era el de hacer alto junto al Dwina y el Dnieper, envanecerse en alto grado de las bellas conquistas á que acababa de dar remate, servirse de ellas para reconstituir la Polonia, hasta dilatarlas con proporcionar al general Reynier los medios de invadir la Volhynia, emplear el otoño y el invierno en dotar con un gobierno y un ejército á Polonia, trasladar al propio tiempo sus almacenes del

Niemen al Dnieper y al Dwina, escoger y fortificar sus cantones, y prepararlo todo en suma para una nueva campaña al año siguiente, en la cual se caminarían cien leguas más adelante, cien leguas decisivas, si se andaban en seguridad completa, pues esta vez conducirían á Moscou ó á San Petersburgo. Estas ideas, que ya en Vitebsk se habían ocurrido, presentábanse más naturalmente en Esmolensko, en la frontera de la vieja Rusia, después de la toma de una ciudad importante, arrancada espada en mano á los dos ejércitos rusos unidos, después del combate enérgico y brillante de Valoutina, y finalmente, en una época ya muy adelantada de la estación, puesto que se tocaba á los últimos días de agosto.

Más capaz que nadie en el mundo era Napoleón de juzgar una cuestión tan grave, tan complicada, y para cuya solución se necesitaban pesar tantas consideraciones administrativas, políticas y militares. De cierto había en esta clase de guerra, lenta y metódica, algo nuevo que podía lisonjear su talento, algo profundo que podía también herir las imaginaciones. Además, la destrucción del conde de Wittgenstein sobre su izquierda, la del general Tormazoff sobre su derecha, la toma de Riga por un lado, la invasión de la Volhynia por otro, debían quitar á este fin de campaña todo carácter de inercia, de impotencia ó de mal suceso. Pero, cométida la falta de ir tan lejos por entre tantos pueblos enemigos, llevando tras sí á tantos aliados dudosos, dejando á la otra extremidad de Europa una guerra mal conducida, la de España, Napoleón la sentía, quizá demasiado profundamente, ahora que ya no era reparable, y mostrábase muy preocupado de los peligros de esta situación extraña. Se repetía más dolorosamente todo lo que ya en Vitebsk se había dicho, y se preguntaba ¿qué pensarían, qué harían los prusianos, los austriacos, los alemanes, los holandeses, los italianos, si le veían detenerse durante todo un invierno de ocho meses, y detenerse ante obstáculos que todos serían libres de avalorar á su manera, y de creerlos invencibles, tan insuperables al otro año como el presente? ¿No se iba á conmovier todo su imperio bajo su mano, por robusta que fuese, y de modo que no pudiera quizá contener partes tan distintas y tan inclinadas á desmembrarse? ¿Serían fáciles de establecer, de defender y de aprovisionar, según había dicho tantas veces, aquellos cantones, de que se le hablaba de continuo, sobre el Dwina y el Dnieper en una extensión de trescientas leguas, desde Bobruisk hasta Riga? ¿Servirían desde los últimos días de octubre hasta los primeros de abril de frontera aquellos ríos, colmados de nieve durante el invierno? ¿Cómo sus soldados, acometidos ya de una enfermedad desconocida de ellos hasta entonces, la desertión de la bandera, aguantarían inmóviles é inactivos aquellos ocho meses de invierno penoso y cansado? ¿Lo pasaría entre ellos Napoleón, su habitual jefe? ¿Quién los podía mandar, contener y tranquilizar, si él se iba? Y si se quedaba, ¿sería bastante potente su mano para hacerse sentir en Roma y Cádiz desde el seno de situación tan ardua?

Consideraciones serias eran éstas, de que hacen poco caso los que censuran á Napoleón por no haber terminado esta primera campaña en Esmolensko, y que prueban que el peligro de semejante lucha estribaba más bien en la misma empresa que en tal ó cual manera de dirigirla. Tales reflexiones sumieran á Napoleón en

desvelo profundo, desvelo tanto más penoso, cuanto que no estaba como en Vitebsk todavía distante de abrazar un partido, sino que era urgente abrazarlo sin más demora. No obstante, aun necesitando adoptar sus resoluciones de seguida, ciertas circunstancias muy próximas podían inclinar la balanza á uno ú otro lado y ahorrarle que hiciera por sí mismo una elección difícil de suyo, muy embarazosa y muy tremenda, pues casi había la certidumbre de perecer, si era mala. Estas circunstancias eran la actitud del enemigo más allá de Esmolensko, la disposición que mostrara á combatir ó á retirarse, la situación de los generales dejados en las alas del grande ejército, del mariscal Oudinot en Polotsk, del príncipe de Schwartzenberg y del general Reynier en Brezesc, empeñados unos y otros en tenaces refriegas. Si el enemigo parecía inclinarse á dar batalla, lejos de vacilar, se necesitaba admitir este desafío al punto. Si el mariscal Oudinot, si el príncipe de Schwartzenberg y el general Reynier eran vencedores, se estaba en libertad de seguir adelante.

Pocos días bastaban para adquirir luces sobre estos diversos puntos, y sin querer encadenarse todavía, resolvió Napoleón permanecer dos ó tres días en Esmolensko, para informarse allí de lo que había necesidad de saber, y para dictar las providencias urgentes en el caso de que conviniera seguir más lejos. De consiguiente prescribió á Murat y al mariscal Davout, los dos hombres más desemejantes del ejército, y de los cuales el segundo corregía provechosamente al primero, que se pusieran en marcha, el uno con dos cuerpos de caballería y el otro con sus cinco divisiones de infantería, para seguir al enemigo paso á paso, y juzgar lo más exactamente posible de sus proyectos. El mariscal Ney, siempre á vanguardia desde Vitebsk, necesitaba dar descanso á sus divisiones, y era además harto fogoso para que se pudiera dar asenso á sus juicios en tal coyuntura. Napoleón le previno que, después de tomar uno ó dos días de descanso, siguiera á Murat y á Davout si bien manteniéndose á alguna distancia. Un poco sobre la izquierda del grueso del ejército, dirigió al príncipe Eugenio hacia Doukhowtchina, á fin de limpiar el país entre el Dnieper y el Dwina y de ilustrarse por este lado acerca de los proyectos de los rusos. Así bastaba una jornada para que todo el ejército estuviera unido y pronto al combate, si había la fortuna de que los rusos abrazaran este partido. De todos modos no se podía tardar en adquirir completos informes, y si no ocurría la batalla ardientemente deseada, se estaba en libertad de retrogradar, pues tres ó cuatro marchas más hechas más adelante no eran una razón para no andar camino si se necesitaba, y tampoco eran un gran perjuicio en aquella estación y con los medios de transporte con que se contaba todavía.

Dadas estas órdenes, establecióse Napoleón en Esmolensko para tomar sus providencias en la doble hipótesis de una nueva marcha ofensiva ó de un establecimiento definitivo en la Lituania, y sobre todo para vigilar lo que acontecía hacia sus alas, y proveer según conviniera.

Efectivamente, á todas horas llegaban noticias de la derecha y de la izquierda, de Brezesc y de Polotsk, y eran satisfactorias. Lo acontecido en estas dos fronteras se reducía á lo siguiente.

Hasta Slonim había retrocedido el general Reynier, para ir al encuentro del príncipe de Schwartzberg, al cual, según se ha visto, se le había despachado la orden de retrogradar hacia Bug, con el fin de unirse á los sajones y de repeler al general Tormazoff á Volhynia. Habiéndose operado la reunión de los sajones y de los austriacos el 3 de agosto bajo las órdenes del príncipe de Schwartzberg, se encaminaron todos sobre Proujani y Kobrín, cabalmente donde se había realizado el fatal revés del destacamento sajón, sorprendido por el general Tormazoff. Después de sus marchas y contramarchas, después del suceso de Kobrín, que le había costado dos mil hombres, después del destacamento de casi toda su caballería al cuerpo de Latour Maubourg, después del envío de un regimiento sajón á Praga (Baja Varsovia), no contaba el general Reynier más de once mil hombres, entre los cuales mil y quinientos eran de caballería. Por su parte el príncipe de Schwartzberg, tras de la larga travesía que había ejecutado, no mandaba más que veinticinco mil austriacos. De consiguiente el total de fuerzas juntas en este punto ascendía á treinta y seis mil hombres. Muchos más se atribuían al general Tormazoff, bien que no tenía más que los mismos á lo sumo, obligado como se vió á dejar tropas en Mozir para que le guardasen las espaldas. Así no dejó de retroceder, temeroso de expiar su último triunfo con un descalabro más grave que el que acababan de sufrir los sajones. Así apresuró á desandar camino y á volver hacia Kobrín y hacia Pinsk, para cubrirse con el Bug, el Pripet y todos los pantanos famosos de esta comarca.

Concordando mucho los austriacos y los sajones como alemanes, y como gentes que necesitan unas de otras, forzaron á una los numerosos desfiladeros que se encuentran en esta región escabrosa, y siguieron activamente al ejército ruso. Llegado habían el 11 de agosto por la noche á un sitio que se llama Gorodeczna, á algunas leguas de Kobrín, y hallaron establecidos en una buena posición á los rusos, con la resolución evidente de sustentarla. En Gorodeczna el camino de Kobrín trepaba una cuesta de bastante altura, cuyo pie bañaba un riachuelo pantanoso y de difícil paso. Sobre aquella cumbre se había apostado el general Tormazoff con treinta y seis mil hombres de infantería y sesenta bocas de fuego. Habiendo reconocido el príncipe de Schwartzberg y el general Reynier la dificultad de tomar la posición de frente, buscaron sobre su derecha un paso que les permitiera rebasar la izquierda del enemigo. Efectivamente, algo hacia la derecha, y en una aldea llamada Podoubie, existía un paso que daba acceso á la izquierda de los rusos, pero siempre había que pasar el riachuelo cenagoso, y además los rusos tenían fija allí la vista. Sin embargo, un poco más lejos, y á la parte del declive de la cumbre, de cuya toma se trataba, se hallaba un bosque no ocupado, y en la espesura de este bosque, un camino que iba á juntarse al camino real de Kobrín á una legua de distancia.

El general Reynier, que, aun cuando muy brioso entre el fuego, carecía de carácter en la guerra, era un oficial inteligente y un táctico hábil. Muy luego echó de ver la falta del enemigo, y ofreció al príncipe de Schwartzberg aprovecharse de ella, penetrando por más abajo de Podoubie en el bosque descuidado por los rusos, de

manera de caer sobre su posición por la espalda. El príncipe de Schwartzberg obraba con una sinceridad de intención que hacía fáciles las cosas: asintió á la oferta, y dió al general Reynier una división austriaca para asegurar el éxito de la proyectada maniobra. Hasta le dió una gran porción de su caballería, de la cual no podía servirse en el paraje en que se hallaba. Se convino en que al día siguiente 12 de agosto por la mañana atacara seriamente el príncipe con el grueso de sus fuerzas á Gorodeczna de frente para llamar por este lado la atención de los rusos, mientras el general Reynier dirigía sobre su izquierda un esfuerzo vigoroso para envolverla.

Convenido así todo, el general Reynier penetró de noche en el bosque citado, establecióse allí, y no bien despuntó el alba, desembocó de improviso en una pequeña llanura, sobre cuyo centro venía á terminar la pendiente de la cumbre ocupada por los rusos. Éstos, desde lo alto de Gorodeczna, descubrieron muy pronto la marcha de los sajones, y dejando las competentes fuerzas en aquel punto para resistir al príncipe de Schwartzberg de frente, se replegaron con las restantes sobre el flanco izquierdo para hacer cara al general Reynier. En esta doble línea peleóse todo el día 12.

Vivamente atacó el príncipe de Schwartzberg á Gorodeczna, pero sin mucha esperanza de ganarla, ocupando los rusos la cumbre con numerosa artillería. Sin embargo, los austriacos portáronse bizarramente, como si trabajaran para sí propios. A la derecha el general Reynier, al desembocar del bosque, halló á los rusos plegados en horca y formando frente así á este lado como al otro. Enérgicos fueron sus esfuerzos para romperlos, pero infructuosos, pues aun cuando los sajones se batieran como los polacos, á los cuales estaba ligada su suerte, constantemente fueron detenidos por el fuego de una artillería dominante. A su vez, cuando los rusos quisieron arrollarle hacia el bosque, obligóles Reynier á volver á ganar la altura de la cual intentaron descender al pequeño llano.

Todo el día se combatiera estérilmente, si el príncipe de Schwartzberg no ensayara un ataque hacia el punto intermedio de Podoubie, que daba más de cerca sobre el flanco izquierdo de los rusos. Juntándose el regimiento austriaco de Coloredo á los cazadores sajones, entraron en el pantano, y metiéndose hasta las rodillas, lo transpusieron y treparon á la cumbre en el instante del mayor empeño entre el general Reynier y los rusos. Éstos al verlo, vacilaron y, aprovechándose Reynier de la coyuntura, acometióslos todavía más vigorosamente con los sajones y la división austriaca puesta bajo su mando. Así ganó terreno sobre su izquierda, y al mismo tiempo dirigió toda su caballería á la extrema derecha, sobre las espaldas del enemigo, amenazando el camino real de Kobrín con este movimiento. Temiendo ser cortados los rusos, lanzaron su caballería contra la aliada, y después de diversos lances, les pareció prudente no disputar una posición difícil de conservar por más tiempo. Su retirada fué protegida por la noche, que impidió al ejército austro-sajón aprovechar todas sus ventajas. No obstante, suya era incontestablemente la victoria, pues además de la adquisición de un puesto tan calurosamente disputado y de la conquista del camino de Kobrín, hizo sufrir pérdidas considerables á los

rusos. Cerca de dos mil hombres perdieron los sajones y los austriacos entre muertos y heridos: más del doble perdieron los rusos, entre los cuales se contaron quinientos prisioneros.

Esta jornada, si se sabía sacar partido de ella, facilitaba repeler á los rusos hacia Volhynia, perseguirlos hasta en aquel territorio, ó impedirles volver de allí

á su suegro que los engrosara con tres mil jinetes y seis mil infantes, los cuales, unidos á algunos refuerzos demandados también á Varsovia, podrían proporcionar al príncipe de Schwartzberg un ejército de cuarenta y cinco mil soldados, con inclusión de los sajones. Obs-tinándose en creer que Tormazoff no tenía más que treinta mil hombres, juzgaba muy bastante una fuerza



El príncipe de Schwartzberg

cuando menos, salvo si duplicaba sus fuerzas la llegada de las tropas de Turquía. Por de pronto debía calmar los terrores de la Polonia, y bastaba para cubrir nuestro flanco derecho. Al saber Napoleón esta nueva en el momento de su entrada en Esmolensko, experimentó una verdadera alegría, envió al ejército austriaco un donativo de quinientos mil francos, que era el segundo de esta suma, unió á esto un gran número de condecoraciones, y escribió á Viena para que se diera el bastón de mariscal al príncipe de Schwartzberg. Con todo imposible era que se forjase ilusiones sobre la fuerza de esta ala, que debía hallarse reducida por la última batalla á treinta y dos ó treinta y tres mil hombres, y rogó

de cuarenta y cinco mil para repelerle á Volhynia, y libertar á esta provincia del yugo de Rusia.

Forzosamente cambiaba este suceso la primera resolución de Napoleón, que era atraer al príncipe de Schwartzberg al grande ejército, según los deseos del emperador de Austria y según sus cálculos personales, pues á los polacos, y no á los austriacos, deseaba fiar la insurrección de la Volhynia y la custodia de sus espaldas. Pero no era razonable hacer andar ciento veinte leguas por lo menos al príncipe de Schwartzberg para traerle á Esmolensko, hacer andar otro tanto al príncipe Poniatowski para enviarle desde Esmolensko á Kobrín; paralizar así durante más de un mes estos dos

cuerpos en el momento más decisivo de la campaña condenarlos á perder una cuarta ó una quinta parte de su fuerza efectiva con estas nuevas marchas; y además, la conducta de los austriacos en Gorodeczna, su vigor contra los rusos, la cordialidad de sus procederres respecto de los sajones, merecían alguna confianza. Sin duda no había que lisonjearse de tenerlos por activos propagadores de la insurrección polaca en Volhynia, pero sin echar cuentas galanas, se podía fiar á su honor el cuidado de guardar nuestra derecha y nuestras espaldas fielmente.

No habían sido menos favorables los sucesos sobre nuestra izquierda á la parte del Dwina. Después de los reveses causados al conde de Wittgenstein en las jornadas del 24 de julio y del 1.º de agosto, había retrocedido el mariscal Oudinot, según se ha visto, hacia Polotsk, á fin de proporcionar á sus tropas descanso, una posición de fácil defensa y la comodidad de hacer los forrajes al amparo del Dwina. Temiendo Napoleón fundadamente el efecto moral de los movimientos retrógrados, y exagerándose los recursos confiados á sus lugartenientes, había reconvenido al mariscal Oudinot diciéndole que, al retirarse después de una victoria, tomaba la actitud del vencido, que debiera dejar al conde de Wittgenstein, á quien le correspondía más justamente. Esta observación era verdad sin duda, pero lo era mayor todavía que las tropas del mariscal Oudinot estaban extenuadas, reducidas de treinta y ocho mil á veinte mil hombres por las marchas, los calores, la deserción, y que necesitaban la mansión tranquila de Polotsk para descansar y vivir. Napoleón, á fin de reforzar al mariscal Oudinot, le envió los bávaros, que igualmente necesitaban reponerse de los efectos de la fatiga, del calor y de la disenteria. Este cuerpo, reducido por la segregación de su caballería de veintiocho á veinticuatro mil hombres, no constaba ya más que de trece mil de resultas de las enfermedades. Al llegar de Beschenkowicz á Polotsk no se hallaba en estado de prestar ningún servicio.

No obstante, después de algunos días de reposo, tan útiles al cuerpo entero del ejército como á los bávaros, el mariscal Oudinot, constantemente aguijoneado por Napoleón, creyóse en el caso de volver á tomar la ofensiva contra el conde de Wittgenstein, y se trasladó hacia la izquierda de Polotsk sobre el Drisa, á Valeintsoui, algunas leguas más abajo del vado de Sivotschina, donde tanto había maltratado á los rusos algún tiempo antes. No hallándolos detrás del Drisa, cruzó este río y dirigióse al Svoiana, detrás del cual estaban acampadas las tropas del conde de Wittgenstein. Mientras los franceses fueron reforzados por los bávaros, lo cual les hacía subir á cerca de treinta y dos á treinta y seis mil hombres, ocupándose la quinta parte de ellos en hacer forrajes, se reforzaron también los rusos de una manera igual por lo menos. Recibido habían toda la guarnición de Dunaburgo, y además algunos batallones de depósito que se mantenían de reserva cerca de los ejércitos de operaciones para reclutarlos. En totalidad podían subir á diez ó doce mil hombres de refuerzo, con los cuales pasaban de treinta mil los que el conde de Wittgenstein tenía bajo su mando. Pero, no careciendo de nada estas tropas, y habiendo hecho pocas marchas, se hallaban en mejor estado que las nuestras, aunque militarmente

fuera muy inferiores. Conviene añadir que todas se componían de rusos, al par que en el cuerpo del mariscal Oudinot apenas eran la mitad franceses.

Calculando el mariscal Oudinot su cuerpo en treinta y dos ó treinta y tres mil hombres, y sabiendo que no podía poner más de veinticinco mil en línea á causa de los forrajes y de las enfermedades, contando poco con las tropas aliadas, no había vuelto á tomar la ofensiva sino por sentir vivamente lo que en las reconveniones de Napoleón había de picante. Durante algunos días permaneció á lo largo del Svoiana delante del campo de los rusos, provocándoles con tropas ligeras, y procurando arrastrarles á una nueva falta como la que habían cometido junto al Drisa, en el vado de Sivotschina. Pero los rusos no contaban dejarse atrapar segunda vez en el lazo, y durante varios días hubo tiroteo de una y otra parte, sin más resultado que el de la pérdida inútilísima de algunos centenares de hombres sacrificados en estas emboscadas.

Sin embargo, el mariscal Oudinot, que había tomado una posición avanzada á la izquierda de Polotsk y descendido el Drisa hasta Valeintsoui, tenía no sin fundamento ser rebasado hacia su derecha, por el camino de Polotsk á Sebej, que estaba desguarnecido de tropas. De consiguiente repasó el Drisa, y fué á establecerse entre Lazowka y Bieloe, delante de la vasta selva de Gumzeleva, que cubre á Polotsk. Debilitado de nuevo por las postreras marchas, exagerándose las fuerzas que se habían incorporado al conde de Wittgenstein, determinó aproximarse todavía más á Polotsk, por el miedo de ser cortado de esta ciudad, y fué á situarse detrás del Polota. Este riachuelo, cubierto de molinos, de granjas, de construcciones de todas clases, cruza, al salir de la selva de Gumzeleva, praderas, campos cultivados, tuerce en torno de Polotsk, y desagua en el Dwina por más abajo de esta ciudad. El mariscal Oudinot guardaba todos los pasos del Polota, y aun así tenía más acá parte de sus fuerzas para estar en seguridad contra un cuerpo que, pasando el Polota por más arriba, llegara á desembocar sobre sus espaldas por la selva de Gumzeleva, y atacara á Polotsk por el lado descubierta.

Establecido en esta posición desde el día 16 de agosto, convocó un consejo de guerra, á fin de examinar si convenía dar batalla, ó repasar el Polota y el Dwina, para ponerse al amparo de estos dos ríos, vivir con más holgura y limitarse á disputar bien el curso mucho más ancho del Dwina. Asistiendo el general Saint-Cyr á este consejo en calidad de jefe del ejército bávaro, sostuvo que era inútil dar batalla y debilitarse de este modo, si el enemigo no había seguido al ejército francés, y no manifestaba trazas de retroceder ante él tampoco; pero que si, por el contrario, hubiera marchado tras nuestras huellas, se necesitara atajarle de plano con una lucha vigorosa, y repeliéndole á distancia, probarle que la retirada no era por miedo, sino por elección voluntaria y por deseo de ocupar una posición de más comodidades. Este dictamen, muy prudente y muy militar, estuvo á punto de concordar los ánimos, cuando el estampido del cañón puso fin á todos los debates, é hizo que cada cual corriera á las armas, para resistir á los rusos, que trataban de cruzar el Polota. Una división bávara y otra francesa, situadas delante de este riachuelo, recibieron vigorosamente á los rusos y los contuvieron junto á la

orilla. Sobreviniendo la noche, no se pudo seguir este primer choque.

Siempre exagerándose el mariscal Oudinot las fuerzas de los rusos, y hallando además su posición poco segura, aún no se había fijado en la conducta que debía seguir á otro día, que era el 17 de agosto. Con efecto, su posición no era de las mejores: si para cubrirla tenía á su frente el Polota, que por desgracia podía ser pasado hacia su derecha, tenía detrás el Dwina, de modo que peleaba con un riachuelo delante y un río caudaloso á la espalda, sin tener sobre éste más puente que el de Polotsk, medio de retirada muy insuficiente en el caso de un descalabro. Como acontece á menudo en ocasiones semejantes, abrazó un partido medio, el de disputar fuertemente la posición con una porción de sus tropas, y llevar la otra porción, así como sus parques y sus equipajes, sobre la izquierda del Dwina.

Por consecuencia de esta resolución mandó defender enérgicamente las orillas del Polota, mientras el resto de su ejército cruzaba á Polotsk y el Dwina. Efectivamente la defensa fué muy vigorosa y no permitió á los rusos adelantar un solo paso. Pero el mariscal Oudinot fué gravemente herido, á lo cual le exponía con frecuencia su rara bravura; también lo fué el general Saint-Cyr, aunque de una manera más leve. Impidiendo al mariscal Oudinot su estado conservar el mando, lo tomó inmediatamente el general Saint-Cyr, ya herido. No se podía poner en manos más hábiles la dirección de las operaciones.

A los principales oficiales del ejército convocó el general para entenderse con ellos sobre el modo de salir de una situación que se había complicado mucho. Juntando el vigor á la prudencia, hizo conocer los inconvenientes de una actitud puramente defensiva, y de una retirada más acá del Dwina, demasiado evidentemente obligada: demostró el peligro de ser atacados en breve, atormentados á las dos márgenes del Dwina, hasta el extremo de no poder salir á los forrajes, y en prueba alegó los aprestos que á la sazón hacía el enemigo más arriba de Polotsk para cruzarlo. En consecuencia propuso para el otro día que, siguiendo la retirada aparente, se aprovechara el terreno cubierto en que se lidiaba, para repasar secretamente el Dwina y el Polota con la mayor parte de las tropas, acometer improvisamente á los rusos, hacerles sufrir, si era posible, un revés sangriento, y descansar después al amparo de este triunfo detrás de Polotsk y del Dwina. Este dictamen tan juicioso al par que tan firme no suscitaba más que una objeción, la del cansancio de los soldados con cuatro días de marcha y tres de pelea, casi sin tiempo de tomar algún alimento, y llegados á un estado de debilidad física verdaderamente alarmante. Con todo, afirmando el general Saint-Cyr que le bastarían cuatro horas para dar á los rusos un choque vigoroso, se convino en descansar por la mañana, y en combatir á la tarde del día siguiente. Así se separaron todos resueltos á dar esta nueva y última batalla.

Efectivamente á otro día, el 18 de agosto, el general Saint-Cyr ejecutó todas sus disposiciones según las había anunciado. Dejó sus parques y sus bagajes á la orilla izquierda del Dwina, adonde el mariscal Oudinot los había enviado; hasta los dirigió al camino de Oula, como si fuera á aproximarse al grande ejército remon-

tándose sobre Vitebsk; aprovechó este movimiento simulado para concentrar en torno de Polotsk la división de Verdier y los coraceros de Doumerc, y después á mediodía hizo que sus tropas repasaran de pronto sobre la derecha del Dwina, las condujo entre este río y el Polota, y ordenó inmediatamente el ataque.

Como ocultas estaban las tropas francesas y bávaras en la cuenca del Polota, los bávaros á la derecha, las dos divisiones francesas de Legrand y de Verdier en el centro, y una mitad de la división suiza del general Merle á la izquierda con los coraceros de Doumerc. Otra mitad de la división de Merle estaba más acá del Polota, para guardarnos contra las tropas enemigas, que hubieran podido cruzar este río á nuestra extrema derecha, y desembocar del bosque de Gumzeleva sobre nuestra espalda.

Por su parte los rusos estaban alineados á otro lado del Polota, describiendo un semicírculo en torno de nuestra posición, y situados muy cerca de nuestras avanzadas, á fin de caer sobre nosotros en el momento en que emprendiéramos la retirada, según lo esperaban al ver el movimiento de nuestros parques sobre la izquierda del Dwina. A una señal dada, toda nuestra artillería, tanto bávara como francesa, trasladada rápidamente hacia adelante en número de sesenta bocas de fuego, cubrió con sus proyectiles á los rusos sorprendidos y desconcertados. Efectivamente su caballería no estaba montada, su infantería sólo en parte se hallaba en las filas, y hubo entre ellos un momento de turbación grande antes de que cada cual ocupara su puesto. Nuestras divisiones se aprovecharon de ella, y marcharon, según el orden en que se encontraban, en columnas de ataque, las dos divisiones bávaras de Deroy y de Wrede á la derecha, las divisiones francesas de Legrand y de Verdier en el centro, la división de Merle á la izquierda, si bien no adelantándose ésta mucho, á fin de atraer á Polotsk á la derecha de los rusos, lisonjeándose de envolverla después de desbaratar su centro. Sorprendidos de pronto los rusos fueron arrollados en gran desorden, dejando las praderas y los pantanos cubiertos de heridos que no podían recoger, y de cañones, que no se podían llevar. Sin embargo, después de haberse replegado hasta su segunda línea, se detuvieron y mostraron mejor continente. Entonces se hizo viva y encarnizada la lucha. Después de un fuerte fuego de fusilería, se atacaron á la bayoneta, y la refriega vino á ser general de allí á poco. Los bávaros, á semejanza de la mayor parte de nuestros aliados, desertando por los caminos y conduciéndose perfectamente en el fuego, se batieron con la mayor bizarría. Desgraciadamente el bravo y digno general Deroy, anciano de ochenta años, prez del ejército bávaro y uno de los oficiales más respetables del siglo presente, pagó con la vida las ventajas alcanzadas por sus tropas. En el centro, la división de Legrand se llevó por delante cuanto se le opuso: digna compañera suya mostróse la división de Verdier, cuyo jefe fué herido. No obstante, habiendo flaqueado un momento la segunda brigada de esta división, en que se contaban muchos quintos, ante un ataque furioso de los rusos, el general Maisón, que juntaba al más rápido golpe de vista una rara energía de carácter, supo reparar con la primera brigada la falta de la segunda, y puso á los rusos en derrota. Apenas hacia dos horas que du-